

(SEGUNDA ÉPOCA)

REVISTA

ESPECTÁCULOS — CIENCIAS — ARTES
— LITERATURA — SPORTS —

Año II Número 27

Cádiz 30 de Marzo de 1910

TEATRAL

Director: D. SEBASTIAN ROSETTY Y WAGENÉR (Lord Byron)

<p>Suscripción mensual Ptas. 1'00</p> <p>Número suelto » 0'50</p> <p>Fuera de Cádiz: Trimestre, 3 ptas.</p> <p><small>ANUNCIOS: PRECIOS CONVENCIONALES</small></p>	<p>SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 y 30 de cada mes</p> <p>TODA LA CORRESPONDENCIA AL DIRECTOR.</p> <p>No se devuelven los originales que se nos remitan</p>	<p>Redacción y Administración</p> <p>CÁNOVAS DEL CASTILLO</p> <p>NÚM. 25</p>
--	---	--

LA FERIA DE SEVILLA



Publicamos un cliché, en el que se reproduce un trozo de esa fiesta del sol y de la alegría: esa feria cuyo renombre pasó y se sostiene fuera del fatuo terruño como un alarde de nuestra típica región andaluza.

Hablar hoy de la feria de Sevilla, es vano intento. La feria, hay que verla: hay que vivir en ella los tres días: tomar el chocolate con buñuelos en las mil y una casetas; almorzar en pleno prado; asistir á las magníficas fiestas de toros; luego al

paseo de carruajes en la orilla del río, cuyo paisaje no puede ser descrito por nuestra pluma, torpe y desaliñada.

Hay que ver por las noches las ya citadas casetas; tanta y tanta mujer bonita, prendida la andaluza mantilla de blondas ó madroños, cuando al compás alegre y retozón de las clásicas seguidillas cimbran sus cuerpos arrogantes y esbeltos en las danzas que nos enardecen.

Hay que ver aquellos rostros morenos, donde

unos ojazos traidores y profundos nos miran, más con fuerza de herirnos que con anhelos de acariciarnos.

Los infinitos feriantes y ganaderos que pululan sobre briosos caballos, persiguiendo, tenaces, al rico labrador y adinerado que compulsa el precio del día en los cerdos, en los borregos, en las reses caballares.

El záfio y ladino gitano, que más fía en sus donaires y galas de ingenio para vender, que de los propios méritos del borriquillo matalón que conduce. Las arriscadas gitanillas, que derrochan su salero inagotable y paradógico en la conquista de amables parroquianos, ávidos de ingerir la no muy digerible masa frita que expenden en leves tiendecillas formadas con blancos lienzos.

El incesante circular de hermosos trenes; los soberbios y orgullosos ginetes que parecen caudillos agarenos, por el rico alarde de sus arneses; los nobles astados que mugen y pastan en la pradera inmensa, y que al siguiente día han de lidiar los hombres en el ancho circo taurino....

Todo esto es la feria de Sevilla, á la que, como si fuese la Meca de la alegría andaluza, concurre gente de todos los países y de todas las regiones.

A Sevilla pues, á gozar, á divertirse; á sumergir vuestro tedio en el oro líquido de la vivificante manzanilla que brilla en limpias cañas, y á adormecer vuestro espíritu con las miradas cálidas de tanta hermosísima mujer.

SEMEJANZA

Cuéntase que el célebre *Lavi* fué un progresista entusiasta, cuyo entusiasmo le costó en cierta ocasión salir emigrado, en unión de políticos y periodistas de importancia y celebridad.

Al recoger sus pasaportes—con nombres supuestos—oyó decir á sus compañeros de glorias y fatigas, al preguntarles el oficial del negociado cuál era su profesión, *literato*: tocóle el turno á nuestro hombre, y dice muy serio *literato*, y al invitarle el funcionario á que estampara su firma en el pasaporte, dice con majestad olímpica: *no sé escribir*; y recordando esta anécdota, se me ocurre preguntar: ¿cuántos de los que piden las escuelas laicas no sabrán, no solo lo que piden, ni aun siquiera lo que es escuela?

Ví desfilar la manifestación del domingo, y no pudo por menos de llamar mi atención que muchos de los que á ella concurren y á quienes suelo ver los días festivos con sus *trapitos de cristianar*, no los lucían; antes bien, parece que de expreso

buscaron lo peor de su indumentaria, semejando el conjunto algo así como el sexto toro cuando la irrupción de los capitalistas, y me preguntaba: ¿cuántos *literatos* irán ahí?

EL FLAMENCO

S. G. G.

Víctima de enfermedad cruel y penosísima, en la mañana del pasado día 23 entregó su alma á Dios, confortado con los Santos Sacramentos y la bendición apostólica, D. Domingo Seris-Granier y Blanco.

La circunstancia del parentesco que unía al finado con el director de esta publicación, relévanos, á nuestro pesar, del deber que, aunque triste lo cumpliríamos, dedicando á su óbito mayor espacio, limitándonos á consignar que su desaparición del mundo de los vivos no solo ha de ser sentida en primer término, y como es lógico, por su familia amante, si que también por otras muchas á quienes, y sin unirlos lazo alguno de parentesco ó amistad, nos consta que socorría con mano pródiga, sin alardes ni ostentaciones, siguiendo en tal sentido la práctica de la caridad como lo ordenaba el Divino Maestro.

¡Cuántas familias desvalidas, repetimos, llorarán hoy su muerte!

Ellas seguramente elevarán sus preces al Todopoderoso, para que tenga en su mansión eterna el alma del fallecido, y á esas oraciones unimos las nuestras más fervorosas.

La canción de "Rigoletto"

VII

La obscuridad de la noche era cada vez más densa.

Cuando el eco de los pisadas del marido de Elda se perdió bajo las arcadas del paseo donde quedé exánime, involuntarias crispaciones recorrían mi rostro.

Mi herida hacíame sufrir horribilmente, y sentía en el pecho tal impresión, como si me lo atravesaran con un hierro candente.

¡Asesino!... ¡Asesino!... murmuraban mis labios continuamente, mientras que la sangre no cesaba de manar por la brecha que aquel bandido me abrió con su daga.

El recuerdo de Elda, el amor de mis amores, mi-

tigó algo mis sufrimientos, haciéndome ver la situación en su verdadero aspecto.

Por un momento, calculé el escándalo que originaría mi encuentro en aquel sitio; bien muerto, si la herida era mortal, ó bien desvanecido por la pérdida de sangre; escándalo que perjudicaría á Elda, pues al inmiscuirse la justicia en el asunto, el nombre de la mujer querida rodaría por el fango, siendo pasto de la maledicencia.

Así es, que haciendo un esfuerzo gigantesco, con el pañuelo procuré unir los bordes de la herida, y dominando mis dolores, traté de incorporarme para desandar el camino, aun á trueque de que aquello me perjudicara.

¡No me importaba! Mi afán era llegar cuanto antes al hotel de Elda, para comunicarle la infamia que cometió conmigo su marido, y si tenía que morir, al menos que en mi postrer momento sintiera en mis oídos palabras de consuelo, de labios de Elda, ya que por ella había vertido mi sangre.

Al fin pude, reprimiendo los quejidos de la carne, ponerme de pié, y empecé el regreso....

¡Qué largo me pareció el camino!

Más de una vez, me figuré que iba á caer desmayado al suelo, mientras que seguía resonando en mis oídos las frases insultantes del bandido que me hirió tan cobardemente.

Seguí andando, tambaleándome lo mismo que un hombre ébrio, y tenía que hacer grandes esfuerzos de voluntad para tenerme en pié.

A pesar de los dolores que me producía la maldita herida, á intervalos sentía en el fondo de mi pensamiento cierto júbilo secreto que no osaba confesarme; algo así como estremecimientos pasajeros del alma, difícil de distinguir en medio del torbellino de ideas que me agitaban.

Aquel sentimiento extraño, aquel gozo interno, era el recuerdo de las últimas palabras de Elda, que zumbaban en mis oídos con cascabeleos gratísimos.

—«.... y no olvides que mi marido te aborrece de muerte... que es un bandido, y... ¡ten cuidado con él!...

—¿Estima V. en algo mi vida, Elda?

—¡Sí!»

Este sí embriagador fué el talismán que guió mis pasos aquella interminable noche, noche lúgubre... horas que infundieron en mi corazón envenenadas tristezas, cuya amargura nunca sospeché.

Y, cosa rara é inexplicable... la sangre derramada en holocausto de mi amor, fué un incentivo poderoso que aumentó mi pasión hasta lo supremo, y mirando correr aquella sangre, que era la mía, asomaba á mis labios una sonrisa tan dulce, que sobrenadando sobre mis sombríos padecimientos, pa-

recíame una nueva aurora surgiendo en el horizonte de mi vida... aurora que encendió en mi corazón una llama santa, purificando mi cariño de toda visión bastarda.

La casa de Elda era para mí el faro salvador, á donde tenía que arribar salvando todos los escollos, y comprendiendo que me era preciso llegar cuanto antes, para avisar á Elda del peligro que corría, la fiebre me impelía á caminar siempre adelante, dolorido, con sudores mortales, con fatigas indescriptibles, ahogando en mi garganta los gemidos que querían delatarme...

A lo lejos, distinguí el hotel donde Elda se hospedaba.

¡Ya era tiempo!

La cabeza se me desvanecía; nubes de humo pasaban ante mis ojos; mis vacilantes miradas rutilaban por la fiebre, y parecíame que mi cerebro, enfermo de muerte, se convertía en un inmenso manicomio, donde todos sus moradores, lanzando aullidos de salvaje alegría, festejaban á la diosa Locura, que presidía una danza vertiginosa, un galop infernal...

¡Mis últimos pasos no recuerdo cómo los di!

Hallábame tan débil y eran tan fuertes los dolores que me producía la herida, que no habría podido resistir un minuto más.

Penetré en el hotel, no sé cómo... tal vez me guió el instinto de conservación, pues las fuerzas humanas tiene su límite y tengo la seguridad que ese límite lo rebasé aquella noche...

Jadeante, pregunté por Elda, rogando le comunicaran que deseaba verla, y pareciéndome largo el tiempo que empleaban, intenté adelantarme y subir á su aposento, cuando la doncella, despavorida, bajaba diciendo que Elda no se encontraba en sus habitaciones... ¡Elda había desaparecido!

¡Jamás podré expresar el efecto que me produjo la noticia!...

En aquel momento, olvidé mis dolores, mis sufrimientos... no sentía los picotazos de la herida, los golpeteos de mi cerebro, y loco, frenético, desatentado, sin noción de mis acciones, me precipité hacia la puerta del hotel.

¡Empeño vano!

Apenas lo intenté, un zumbido extraño me detuvo; mis ojos giraron vertiginosamente en sus órbitas, como queriendo saltármese, y abriendo los brazos, me desplomé de bruces en el suelo.

¡La naturaleza, recobrando sus derechos, venció en la contienda!

JOSÉ RECIO DÍAZ.

(Continuará).

EN EL TEATRO

—Muy buenas. ¿Puedo pasar?

—Sí, señor.

—¿Y el empresario?

—*Creu* que debe de estar arriba en el escenario.

—Pues hágame usted el favor de decirle á don Manuel, que le espera aquí un señor que desea hablar con él.

—¿*Peru* el asunto es de urgencia?

—De mucha urgencia, sí tal; para hablar de la Inocencia, que aquí la tratan muy mal.

—¿La Inocencia?...

—Sí, esa chica

que es un ángel, un tesoro,
y á quien sé que se critica
solo porque está en el coro;
y como incita deseos
y tiene mil pretendientes,
pues le dicen chicoleos
y palabras indecentes;
como es una señorita
recatada y pudorosa,
sufre aquí la pobrecita
de una manera espantosa.
Sé que no se la respeta
ni la ayudan, ni adelanta,
porque no es una coqueta
que se *tima* cuando canta.
Sé que todos hablan mal,
aunque nadie la conquista,
porque piensan que es igual
que cualquiera otra corista.
Yo la adoro con exceso;
su virtud es evidente;
y si me caso es por eso,
por eso precisamente.
Tal descaro no consiento.
Hace un mes que trago hiel,
y en este mismo momento
voy á hablar á don Manuel
y á obligarle á que respeten
á mi pobre prometida,
que si nó, me comprometen.

... ..
¡Ella tan pura y honrada!...

En cuanto baje ese tío,
le suelto una bofetada
de padre y muy señor mío.

... ..

—Pues se tendrá usted que ir,
porque *háme dichu enfadadu*
que ahora *nun puede* salir
porque está muy *ocupadu*.

—¡Maldita sea mi estrella!

Pero, ¿qué está haciendo?

—¡Hurrores!

Tumandu café *cun* ella

detrás de *unus* bastidores!

F. Y.

LOS REVENTADORES

El público de los estrenos se compone de estos elementos: los del oficio, los críticos, los *amigos*, los alabarderos y el público de verdad.

Aunque los del oficio, ó sean los autores que no estrenan aquella noche, estén deseando que la obra se hunda, no lo pueden manifestar. Todos son amigos de los autores; éstos, ó la empresa, les han regalado las butacas ó palcos que ocupan, y aunque por casualidad paguen su billete, no protestan. En cambio aplauden, sobre todo cuando los autores han salido ya al palco escénico para que el día de mañana les paguen con la misma moneda. Ya tenemos un elemento que nunca silba y que casi siempre aplaude.

Los críticos ó revisteros pondrán al día siguiente de vuelta y media á los padres de la obra, pero la noche del estreno no dan la menor nota de desagrado. Aunque no mucho, suelen aplaudir si la obra es buena, ó por lo menos les gusta. Otro elemento, por tanto, pasivo para protestar y activo para aplaudir.

A los *amigos* les ha dado la localidad el autor. Como para un amigo verdadero que se encuentra, hay noventa y nueve que se tapan con la capa de la amistad, y lo que están deseando es clavarle á uno en la primera ocasión, no es extraño que esos señores se alegren si el estreno resulta un fracaso... ¡Pues no es poca ganga! Ir gratis al teatro y que *pateen* la obra de su amigo!

La familia del autor y los *amigos* aplauden á rabiar, todos los números, todos los chistes, sin fijarse si son originales ó de *guardarropiá*, y siguen aplaudiendo las situaciones cómicas y dramáticas, sin ver cómo las ha traído el autor, sin parar mientes en si chistes y situaciones brotan con naturalidad ó no. ¡Ellos lo aprenden todo!

Si el éxito es dudoso, ¡ay del infeliz que tenga á su lado un *amigo* que desempeñe á conciencia su papel! Algunos se contentan con mirar á los que protestan, de una manera que infunde pavor, para

ver si se achica el *protestante*; pero otros, hablando con algún colega que tenga á su lado, sueltan unas indirectas que no tiene uno más remedio que contestarlas. Esta parte del público aplaude siempre, y no protesta jamás.

¡De los alabarderos, no hay que hablar! En esto, como en todo, hay clases todavía. En los teatros de función entera, por regla general, es prudente la *claque*. Si el público sisea, ella trata de defender los intereses del autor y de la empresa; pero si vé que los espectadores no ceden, se retira de buen grado. Si el público aplaude, entonces desempeñan los alabarderos bien su papel: si los paganos iban á llamar á escena tres veces al autor, ellos hacen que se presente seis. ¡Una *claque* así, ya se puede tolerar!

En los teatros donde se cultiva el género chico, es un escándalo. La *claque* se impone al público verdad, ayudada por los demás elementos favorables, y no contenta con su triunfo, insulta á los espectadores. En casi todos los estrenos en que hay lucha, salen voces de «¡A la cuadra! ¡Que se callen esos sietemesinos!», y frases todavía de peor gusto, que indican la consideración y el respeto que á quien paga tienen las empresas.

El público que paga la localidad, empieza por abonar un precio fabuloso por sus asientos. Una butaca para el estreno de una piececita, cuesta en el despacho tres reales; pero como no hay ó son malísimas en taquilla, tiene uno que recurrir á los revendedores, los que por una buena butaca, cobran dos ó tres pesetas. Esto, aunque los autores no tengan mucha fama, que si la tienen y se anuncia el estreno como acontecimiento, no bajan las butacas de cinco pesetas.

En los teatros de función entera, los revendedores llevan, por regla general, hasta tres ó cuatro pesetas de prima; pero si el que estrena es uno de nuestros primeros dramaturgos, no se encuentra por menos de cuatro ó cinco duros una butaca mediana, pues en Contaduría ya cuesta cincuenta reales.

Entra uno en el teatro—una vez que los revendedores lo desplumaron—: se levanta el telón y... escena tonta por aquí; chiste gastado y de pésimo gusto, por allá; situaciones falsas por este lado y tipos fingidos por el otro. ¿Argumento? Gastado y soso, dado el caso, muy problemático, de que la obra lo tenga.

A todo esto, los *reventadores*—que no son otros que los que han pagado su butaca tres ó cuatro veces más de su precio—permanecen callados. Pienzan que siendo tan malo lo que se está representando, ha costado á sus autores algunos días de trabajo, algunas noches de desvelo, y creen que *amí-*

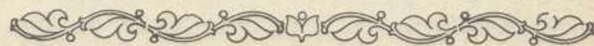
go y claque—por indicaciones de autores y de empresa—se contentarán con que la obra pase. Pero, ¡cá! Entonces, amigos y alabarderos exclaman:—¡Esta noche los morenos traen buen vino! Y en aquel momento empiezan los aplausos estruendosos, las aclamaciones entusiastas, las ovaciones delirantes, y el público verdad mete el bastón, sisea, silba, tose: en una palabra, *patea* la obra.

Cae el telón: descarga cerrada de alabarderos—por amistad ó dinero—y el primer actor dice el nombre del autor ó autores de la obra, nombre que no llega á los oídos de los espectadores, pues aunque algunos paganos se retiren de la lucha viendo la intransigencia de los elementos favorables á los autores, otros continúan protestando y con los sombreros puestos, abrochándose los guantes y encendiendo un habano, ven con la sonrisa en los labios—la cosa no es para menos—al autor dar las gracias, hacer genuflexiones á un público contento, entusiasmado, delirante..... ¡pero de alabarderos!!

De cuando en cuando, un autor novel, ó que no es simpático á la empresa, estrena; y si la obra es flojilla, va al foso. La empresa la pone para eso, para que en su día se salgan con la suya los espectadores. Pero, ¿obra que se quiere salvar? ¡Se salva, bien ó mal!

De todo lo expuesto, se deduce que es inexacto que asistan espectadores á los estrenos con el decidido propósito de silbar. A mí me habrán tenido alguna vez por *pateador*, y no llevaba el pensamiento de protestar, sino que luego la intemperancia de la *claque* y demás elementos favorables á empresa y autores, me sacaron de mis casillas.

B. DE LACE.



SILUETAS TEATRALES

VICENTE MELIÁ

En estos tiempos de decadencia artística, en que ya solo hay ojos para ver formas, luces, gasas y flores en el teatro, apenas si el público en general se hace cargo de ciertos papeles de las obras que se representan, que si bien son la base de ellas, no ejercen la sugestión que la música retozona y alegre, á más del canto intencionado de las lindas tipleas de más ó menos valía física y *primísimo cartelito*.

Por eso, actores de indiscutible mérito, como lo es el señor Meliá, pasan casi desapercibidos; y la

pluma que hace diariamente la crónica de la noche anterior, cansada de prodigar incienso á la belleza en todas sus manifestaciones,—belleza la mayoría de las veces ilusoria en fuerza de afeites y colorines—apenas si le queda tinta para enaltecer á muchos artistas, relegados al olvido y para los que solo tiene—no siempre—una frase de elogio parecida ó la de ritual con que suele terminarse una revista de toros: «la presidencia, bien.»

He aquí por qué nosotros, en el mejor deseo de dar á cada cual el puesto á que por sus méritos es acreedor, hemos de ocuparnos del distinguido primer actor cuyo nombre encabeza estas líneas, aprovechando la amabilidad del mismo y llevados, como es consiguiente, del más vivo deseo de rendirle este tributo de admiración.

Requerido pues, su concurso, con la habitual modestia que le caracteriza, se limitó á facilitarnos fechas y nombres.

Nadie diría que nació en esta bella región andaluza, al oír cómo prescinde del *dejiño* de la tierra para caracterizar personajes de cualquiera otra, que encarna á maravilla. ¿Que cuándo se hizo artista?

Todavía no contaba los cuatro años de edad, y ya hacía las delicias del público en la antigua comedia *El cura de la aldea*, en cuya época eran sus padres artistas del género de verso.

En unión de ellos permaneció hasta la edad de 18 años, en que plétórico de ideas y entusiasmos por el arte lírico, dada su juventud y arrestos, izó la bandera para militar en más ancho campo fuera del regazo paternal, afiliándose á la causa de una compañía de género chico, cuyo arte constituía su sueño dorado.

Más tarde actuó con los renombrados Pepe Talavera, Cerbón, Romea y el popularísimo don José Mesejo, estrenando con todos ellos infinidad de obras, entre ellas las escritas expresamente para él por sus autores, *En el fondo de la mina*, que le valió uno de los mayores triunfos en su carrera; *Alto y alojamiento*, de Granés, y *La neurastenia del diablo*, en la que cimentó aún más su reputación de primer actor.

En los diecisiete años que lleva dedicado al género que hoy cultiva, ha recorrido España y sus teatros del uno al otro confín, cosechando en todos los aplausos que su meritísima labor ha merecido.

Igualmente en Portugal laboró varias *tournées*, conquistando con igual fortuna laureles y dinero. Y aunque el artista, en su deseo de complacernos, nos manifiesta los nombres de teatros y poblaciones recorridas, nos abstenemos de hacerlo por falta de espacio, pues que indudablemente necesita-

ríamos muchas cuartillas para hacer una reseña verdad.

Lo que más realza al Sr. Meliá, cualidad doblemente apreciable, es que el naturalismo en el arte constituye su verdadero culto, y por nada ni por nadie se permite esos aditamentos ó *morellas* de mal género que usan la mayoría de los que, como él, marchan á la cabeza de formaciones artísticas; que si bien á veces suelen ser oportunos, otras, casi todas, maldita la gracia que tienen, por mucha que sea la del artista que las profiere ó emplea.

El Sr. Meliá considera, como nosotros, esta clase de embuchados, intromisiones que falsean la ficción escénica, en lo que estamos de completo acuerdo con él.

Su labor en Cádiz ya la conocen nuestros lectores, si bien la suerte no le ha favorecido en lo de interpretar todos los papeles de que él es capaz; pero no debe olvidarse que no es solo en la compañía de Pilar Pérez donde existe también en primer lugar el aplaudido y gracioso Pepe Bueno.

Para terminar, habremos de añadir que si como actor nuestro biografiado merece el lugar que ocupa al lado de la bellísima Pilar Pérez, quien le estima en lo que vale, no es menos acreedor al aplauso como inspirado poeta. Buena prueba dió en los bien sentidos versos que dedicara á la citada y bella tiple en la noche de su beneficio y que al siguiente día reprodujo nuestro colega el *Diario de Cádiz*.

Deseando al Sr. Meliá como artista de talento é inspirado poeta, mayores triunfos que los que ya logró obtener en su carrera, reiterámosle nuestro afecto y con éste un sincero aplauso.

MANUEL R. CÍVICO

Cádiz 28 Marzo 1910

SECCIÓN DE ESPECTÁCULOS

Teatro Principal

El sábado último, según habíamos adelantado, abrió de nuevo sus puertas el coliseo de aquel nombre, reanudando sus trabajos la compañía de Pilar Pérez con el estreno de *Los perros de presa*.

La obra en cuestión, escrita con la práctica ya probada de Paso y Abati, resulta bastante entretenida, aunque en nuestro concepto no estaría de más que la *comprimieran* un tanto sus autores, al objeto de no abusar de la paciencia del público,

mucho más si ese público es del habituado á las funciones dosimétricas ó por secciones.

En la interpretación distinguióse notablemente la tiple cómica Mercedes Pérez, cuyos adelantos artísticos por días se notan; y el director de la compañía, señor Bueno, hubiera sido en justicia más aplaudido de lo que fué, si no hubiera exagerado de la manera que lo hizo el papel de «Villalón», que si bien en ocasiones debe resultar perfectamente cómico, no debe caer nunca en lo bufo.

En la repetida producción estrenóse un precioso decorado debido á los reputados escenógrafos señores Sancho y Mazón, los cuales merecieron en justicia los honores del palco escénico.

El resto del cartel desde el mencionado día hasta el de la fecha, solo ofreció otra novedad constituida por el estreno de un diálogo original de un joven cuyo nombre sentimos no recordar.

La obrita, titulada *Tó lo puede el amor*, pasó entre algunos siseos y protestas, la mayor parte de las cuales correspondieron á sus intérpretes, los cuales estaban *rapados* por completo.

La compañía en cuestión anuncia en los carteles sus últimas funciones.

Según tenemos entendido, debutará próximamente en el teatro Eslava de Jerez.

S. R. W.



Desde Huelva

Teatro Comico

El lunes 21 se verificó el beneficio de la ovacionada y eminente troupe Hermanas Lucerito.

Para las simpáticas artistas fué un segundo triunfo, pues el salón presentaba un magnífico aspecto, no quedando un hueco donde poderse colocar, habiendo necesidad de poner sillas en los pasillos.

A la terminación de la segunda sección, y después de hacerlas salir al palco escénico y repetir los mejores números de su repertorio, fueron en medio de una ruidosa ovación, obsequiadas con valiosos y bonitos regalos, llegando á sumar un total de 25.

Anoche fué la despedida, y el público aplaudió calurosamente á las monísimas hermanas, que lucieron ricos y bonitos vestidos.

Han sido contratadas por D. Vicente Romero, empresario del Teatro Principal de Sanlúcar de Barrameda, donde debutarán el Sábado de Gloria. Reciban mi más cariñosa felicitación.

*
* *

El sábado 26 debutará la concertista mandolista Remedios Sánchez.

En el próximo número daremos á nuestros lectores cuenta de su trabajo.

*
* *

Es muy probable que en la primera quincena del próximo mes de Abril haga su *début* la compañía que dirige D. Enrique Guarddón, en la que figura la simpática primera tiple Carmencita Guarddón.

ANTONIO DE LA CORTE

Huelva 23—3—1910

Dr. D. José Luis Gómez. — Especialista en partos y enfermedades de la muger.—Buenos Aires, 8.

Imp. de M. Alvarez, C. del Castillo, 25.—Cádiz.

Dr. Don Cayetano del Toro

San Miguel, número 16

Consultas gratuitas á los pobres:

Martes, Jueves y Sábados.

ANTONIO NAVARRO

Despachos de vinos de todas clases.

Especialidad en Valdepeñas

Sagasta, núm. 5.

PARÍS-CADIZ.-Duque de Tetuán, 35

Casa especial de ropa blanca para Señoras, Caballeros y Niños, con modelos exclusivos y album de modas franceses é ingleses, para la confección de equipos de novias y canastillas para recién nacidos.

Sección de Camisería á medida para Caballeros, confección esmerada y garantida con telas extranjeras y del país en blanco y colores sólidos.

Grandes novedades en el ramo de Camisería y objetos propios para regalos.

BLUSAS, las más elegantes para señoras, desde CUATRO PESETAS.

Jiménez y Regife

Gran Primer Premio en la EXPOSICIÓN DE FLORENCIA (ITALIA).—1909

Mosaicos y Piedra Artificial

Despachos: CÁDIZ: S. Francisco y Valde-Iñigo
JEREZ: Larga, número 67.

TÉLEFONOS, 71 Y 72.

José Pena.—Gabinete para afeitar, cortar y rizar el pelo. Servicio esmerado. Benjumeda 14.

Dr. D. Fernando Muñoz, Catedrático de Medicina.—Consultas de 1 á 3 de la tarde.—Zaragoza, 15.

El Comercio

Calzados de lujo y fantasía para señoras y caballeros

ANTONIO VALERO

BARRIE Y ARANDA, (antes NOVENA) n.º 17

Viuda de R. Alcón y F. Lerdo de Tejada.—Cadiz

COMISIONES, CONSIGNACIONES, TRÁNSITOS.

Casa fundada en 1833.

LINEAS DE VAPORES QUE CONSIGNA ESTA CASA

Compañía Anónima de Vinuesa, de Sevilla.—Compañía Sevillana de Navegación á Vapor, de Sevilla.—Sociedad de Navegación é Industria, de Barcelona.—Austro Americana: Fratelli Cosulich, Trieste.—Línea de Vapores Tintoré, Barcelona.—Línea de Vapores Serra, Bilbao.—La Flecha, Bilbao.—Société Generale de Transports Maritimes á Vapeur, Marsella.—White Star Line, Liverpool.—Mediterranean & New-York S. S. C.º, Liverpool.—John Glynn & Sons, Liverpool.—Ceballos Line, New York.—Société Cockerill, Amberes.—La Ve-

loce, Génova.—Larrinaga y C.ª, Liverpool.—Compañía Marítima Comercial, Barcelona.—Hijos de J. Jover y Serra, Barcelona.—Compañía de Navegación Olazani, Bilbao.—Compañía Santurzana de Navegación, Santurce.—M. H. Bland & C.º, Gibraltar. Servicios de salvamentos, remolques, etc.—Lloyd Aleman, Compañía de Seguros Marítimos, Berlín.

Depósito de Patentes submarinas y Lagolina esmalte marca Holzapfel's.—Exportación de Sales, etcétera.

Oficinas: Isaac Peral, núm. 9.—CADIZ

TREN DE LAVADO MECANICO

Montado á la altura de los mejores extranjeros, que permite ejecutar con extraordinaria rapidez cualquier trabajo, por importante que éste sea, en un corto número de horas.—Cuentan estos talleres con lavaderos, secadoras y cilindros satinadores de acreditadas casas de París.

SERVICIO ESPECIAL PARA LOS GRANDES VAPORES

Esta casa tiene concedido el servicio para la Compañía Trasatlántica.

Juan Urrialde Brechtel, Calle Obispo Calvo y Valero, números 42, 44 y 46.